

para que bebiesen, que sus manos convertian en veneno los dones del Criador y las cosas mejores por su naturalcza.

20. La incontinencia está igualmente desterrada de las reducciones. Si sucediese algun escándalo por este estilo, no dejaria de ser castigado al momento; y además se han tomado todas las precauciones imaginables para evitar la corrupcion de costumbres. Casi todos los indios se casan luego que llegan á la pubertad; ni está espuesta á inconvenientes la poca edad y la inesperienza de estas cabezas de familia en un gobierno paternal, que teniendo á mano fondos comunes, atiende á las necesidades de los hijos y aun de los padres. En cada casa no hay mas que el padre, la madre y los hijos. En los parages comunes nunca están juntos hombres y mugeres. Los pozos, las fuentes y los lavaderos están siempre en lugares descubiertos, de modo que puedan verse por todas partes. Además, algunos ancianos respetables por su virtud no menos que por su edad, tienen el cargo de velar desde la mañana hasta la noche para que no se cometa ningun desórden. Es aun mayor la vigilancia para que el santuario no sea ocasion de ninguna caída. Todas las iglesias están divididas en dos partes, una para los hombres y otra para las mugeres. Se deja luego un espacio vacío, que llega desde el altar mayor hasta la puerta principal de la iglesia, además de la cual hay dos puertas colaterales, por donde se entra y se sale ordinariamente: los hombres van por la que está á su lado, y las mugeres por la otra. Cada

lado se subdivide en tres partes. La primera está ocupada por los niños, que se ponen cerca de la barandilla del altar mayor. Detrás de ellos hay dos ó tres celadores. La segunda clase es la de los mozos, que se ponen detrás de los niños, y tienen otros celadores de mas edad. La tercera comprende á los hombres de todas edades, los cuales tienen tambien sus celadores elegidos entre los ancianos mas respetables. Así los pastores, ya por sí mismos, ya por personas de toda confianza, cuidan en todas partes de las buenas costumbres.

Por la noche tienen emisarios secretos que les advierten inmediatamente de todo lo que puede exigir un remedio pronto. La noche está dividida en tres vigilias. En cada una de ellas se relevan estos centinelas, los cuales parece que solo tratan de la seguridad del país, y de evitar toda sorpresa por parte de los salvages infieles ó de los mamelucos. Este cuidado y las continuas exhortaciones de los misioneros, han inspirado á los neófitos un grande horror al vicio. Los padres de familia repiten continuamente á sus hijos las lecciones de sus pastores, se esfuerzan de todos modos á inspirarles una religion sólida, y les sirven de modelos perpétuos. Así se ha visto muchas veces, que las doncellas de mas tierna edad se han dejado degollar por salvages infieles ó mal convertidos, antes que prestarse á la menor confianza ó llaneza. En lo interior de las familias todo está respirando temor de Dios, y trayendo á la memoria las obligaciones de la religion. Saben de memoria muchos cánticos

piadosos que se les enseñan desde la mas tierna infancia, y los cantan en los campos y en los montes cuando están trabajando: lo cual llena de admiracion á los españoles que recorren aquellos paises. Todo lo que hablan aquellos neófitos se reduce á cánticos y conversaciones piadosas. Jamás profieren ninguna palabra libre, ni ningun juramento; y saben preservarse del contagio del mal ejemplo, cuando los europeos no guardan en su presencia la debida moderacion.

Pero para evitar un peligro que tarde ó temprano llegaria á serles funesto, han prohibido los Reyes Católicos á los españoles y á cualquiera otro neófito ir á las reducciones sin una necesidad manifiesta; y aun entonces á nadie se permite estar allí mas de tres dias, en cuyo tiempo reciben todos los auxilios de una hospitalidad generosa en una casa destinada á este efecto. En tales casos hay tambien la costumbre de que los acompañe á todas partes un indio de acreditada probidad, para observar mas de cerca su conducta, con pretesto de obsequiarlos. Precaucion tan justificada por los efectos, que las poblaciones mas distantes del comercio y trato con los europeos son las que mas se distinguen en la inocencia y en el fervor.

21. En quanto á la crueldad y la venganza, que antiguamente eran toda la gloria, y por decirlo así, la principal virtud de aquellos bárbaros, no queda ya ningun vestigio de ellas entre los neófitos. Todos viven entre sí como verdaderos y tiernos hermanos,

siendo el carácter mas notable de su semejanza con los primitivos fieles el que espresan estas palabras de la sagrada Escritura: *Todos los que creian en Jesu-cristo, tenian un solo corazon y una sola alma.* El homicidio era en el tiempo que describimos, una cosa todavia inaudita en las poblaciones cristianas del Paraguay. Casi lo mismo podemos decir de la discordia; y los pleitos, que tambien son muy raros, se terminan con tal prontitud y prudencia, que no dejan ningun germen de enemistad.

En fin, aquellos salvages tan feroces en lo antiguo, son afables, afectuosos y compasivos, y tan caritativos y generosos, que se privaran de las cosas mas necesarias, ya para socorrer á un infeliz, ó ya para contribuir al adorno de una iglesia, si no los contuviesen en sus piadosas liberalidades. Es mucho mayor su caridad con respecto á los idólatras, á quienes de todos modos, y atropellando por todo género de peligros, procuran atraer al conocimiento del Dios verdadero. Cuando se encuentra alguno en la reduccion, aunque sea de la nacion mas odiosa, y contra la cual haya mas motivos de queja, es recibido con todas las demostraciones de una amistad sincera, y con mil aclamaciones de alegría. Todos se apresuran á obsequiarle: le dan casa y vestido: le presentan lo mejor que tienen en sus habitaciones: le instan á que se esté con ellos mucho tiempo; y si se resuelve á fijarse en la poblacion y á abrazar la fe, hay una fiesta pública, despues de la cual se esmeran todos en contribuir á que viva con comodidad.

22. Para conservar un orden tan admirable, y esta especie de república, que forma como un pequeño estado aparte bajo la protección y dependencia del Rey de España, se necesitaba sin duda alguna una forma de gobierno, y un régimen muy bien pensado (1). En cuanto al gobierno eclesiástico, los cristianos del Paraguay están sugetos, como todos los demás fieles, á la jurisdicción de los obispos en cuyas diócesis se hallan las reducciones; y son principalmente los de la Asunción, Buenos-Aires, Córdoba y Tucuman. Como estas diócesis son inmensas, y en lo general incultas y poco habitadas, no puede hacerse con frecuencia la visita episcopal de las reducciones. Pero esta parte fervorosa del rebaño no dá gran cuidado al primer pastor. Cada iglesia está comunmente servida por dos misioneros presentados por el superior provincial al gobierno de la provincia, el cual en nombre del Rey los presenta despues al obispo, de quien reciben la mision con las facultades necesarias.

Sin embargo, no dejan los obispos de visitar algunas veces aquellas poblaciones, ya para administrar la confirmación, ó ya para tratar de algun asunto extraordinario; pero siempre para edificarse, mas bien que para ejercer los derechos de su silla. En ninguna parte son mas deseados que en aquellas piadosas habitaciones. Los misioneros y los neófitos los convidan con iguales instancias. No hay mayor felicidad para aquellos buenos indios, que la de ver,

(1) *Ibid.* c. 14.

á lo menos una vez en la vida, á su primer pastor. Los misioneros por su parte tienen particular complacencia en que el prelado vea por sí mismo la piedad de aquellos fieles, y el respeto que tienen á su autoridad.

Luego que se anuncia la visita, se hacen preparativos para recibirle del mejor modo posible. Todos solicitan con ansia el honor de servirle. Unos se encargan de allanar los caminos por donde ha de pasar: otros quieren servirle de guía ó de escolta contra los salvages enemigos y las bestias feroces; y otros llevan provisiones y refrescos á los parages mas desiertos. Ningun obispo ha dejado de derramar lágrimas de ternura al hacer estas visitas, viendo los religiosos testimonios de su amor y respeto al padre de sus padres en Jesucristo, como tambien su inocencia, su regularidad, su fervor y el celo infatigable de los ministros evangélicos: lo que puede verse en las cartas que con este motivo escribieron aquellos prelados á los Sumos Pontífices y á los Reyes Católicos.

23. Es tan admirable el gobierno civil del Paraguay, que del pueblo mas pobre se ha hecho una nación verdaderamente rica, pues no tiene necesidades, y goza de la felicidad que se puede disfrutar en este mundo (1). Los europeos, acostumbrados al fausto y á lo que ellos llaman placeres, pensarán de muy distinto modo; pero considerada su suerte segun los principios de la naturaleza sana, es verdaderamente

(1) *Ibid.* c. 15.

preferible á la de las naciones mas florecientes de Europa. Una libertad que no tiene otros límites que los que prescriben las leyes: provisiones abundantes de todas las cosas necesarias á la vida: todos los muebles útiles y cómodos: habitaciones aseadas y sanas: union, paz y amistad: tales son las ventajas que se logran en el Paraguay, y las que constituyen la verdadera felicidad en este mundo. Aquellos cristianos son vasallos del Rey de España; pero es tan ligero el peso de esta sujecion, que solo experimentan los beneficios de una proteccion poderosa que le compensa. Cada poblacion se gobierna como una verdadera república, á egemplo de las naciones que en lo antiguo estuvieron bajo la obediencia de los romanos, para que éstos las protegiesen.

Solo el corregidor es nombrado en las reducciones del Paraguay por el Rey ó por el gobernador de la provincia; y aun este empleo, que antes le servian los españoles, recae ahora siempre en los naturales del país. El corregidor es como un intendente de provincia, y tiene toda la autoridad necesaria para conservar en ella el buen orden. Los demás empleados son elegidos por los mismos indios el primer dia del año. Nombran al mismo tiempo dos alcaldes, que son jueces en materias criminales; y otros magistrados, así para la policia, como para entender en los asuntos civiles. Tambien son naturales del país todos los oficiales militares. No solo está prohibido á todo español egercer allí ninguna autoridad, sino que tampoco pueden establecerse en las reducciones;

esceptuándose solo de esta ley el gobernador de la provincia. Todos los años se le presenta la lista de los que han sido elegidos para los empleos; y no deja de confirmar la eleccion, siempre que haya sido regular. Los alcaldes, juntos con el corregidor, tienen absoluta potestad para castigar á los que lo merezcan, con tal que no se trate de un delito capital y digno del último suplicio: cosa de que apenas se puede citar un egemplar. En tal caso se remitiria la causa al gobernador de la provincia, que es el único que tiene derecho para condenar á muerte á un indio. Aun en los delitos que se castigan en las reducciones, nunca se usa de todo el rigor de las leyes, sino que se concilia de tal modo la blandura con la severidad, que se contienen los desórdenes sin notable incomodidad de los habitantes.

El mismo miramiento se advierte en cuanto á los tributos que percibe la corte de España; pues solo exige anualmente un peso fuerte por cabeza, y aun esta contribucion no se estiende á las mugeres ni á los que no llegan á veinte años, á los que pasan de cincuenta, ni á los salvages que se hacen cristianos en edad avanzada. Todos los caciques, á título de nobleza, y doce indios empleados en cada reduccion en el servicio de los altares, están tambien esentos de este tributo. Por lo demás no tienen otra obligacion onerosa que la de ir á la guerra ó á fortificar las plazas cuando es necesario: lo que hacen con mucho gusto, porque en esto trabajan para su propia seguridad, además de las gratificaciones ordinarias y

extraordinarias que reciben de los Reyes Católicos (*).

24. Por lo tocante á la subsistencia, se señala á cada familia una porcion de terreno, mas que suficiente para la manutencion de las personas que la componen. Los rios y los lagos están llenos de excelente pesca de todas clases. Abunda la caza en los montes y en los campos. Se ha multiplicado de tal modo el ganado vacuno y caballar de Europa en las grandes dehesas del Paraguay, que es inesplicable su abundancia. En los montes se encuentran tambien muchas frutas buenas de comer, que se dan sin cultivo. Hay miel exquisita, y cera muy hermosa. Las cañas de azucar crecen por sí mismas en los parages húmedos. En cuanto al vestido y á las comodidades de la vida, están provistas ahora todas las poblaciones de tejedores, albañiles, carpinteros, ebanistas, cerrajeros, pintores, escultores, grabadores y doradores. Las mugeres han aprendido á hilar, coser, bordar y hacer todo género de trages. Pero ¿quiénes fueron los primeros maestros de tantos y tan diferentes aprendices? Sus mismos apóstoles y los padres de sus almas, que haciéndose todo para todos en las cosas mas contrarias á la opinion, á la costumbre y á la naturaleza, trabajaban en los oficios mas viles y penosos para inspirar á los salvages la aficion á la vida social.

(*) Júzguese por esta narracion, que léjos de ser exagerada es diminuta, con qué verdad han dicho algunos estrangeros que el gobierno español habia tiranizado á los americanos, y chupado su sangre.

No bastaba señalar á cada familia la porcion de terreno que podia necesitar para su subsistencia (1); pues ya por los malos temporales, ó por las contingencias que pueden perjudicar á la cosecha, ó mas bien por el descuido de los labradores y por la natural indolencia de los americanos, que apenas piensan en el porvenir, muchos de ellos se hubieran hallado en el caso de carecer aun de las cosas mas necesarias. Pero en medio de aquellas sociedades nacies, se consideran los misioneros como unos padres de familia, cargados de un gran número de hijos que no tienen todavia bastante esperiencia para manejar sus propios intereses. Por eso, además de la porcion de terreno que se entrega en buen estado á cada familia, se la da la cantidad de grano necesaria para sembrar, con la condicion de que despues de la cosecha ha de llevar la misma cantidad á un almacen público, ó sea pósito, destinado al efecto, el cual, por medio de esta regla observada puntualmente, está siempre bien provisto. Tambien se presta á cada familia uno ó dos pares de bueyes, segun la estension de su campo, para labrarle: porque si fuesen ellos los dueños de aquellos animales, seria de temer que los inutilizasen en muy poco tiempo; pero como tienen obligacion de devolverlos, ó á lo menos de presentarlos cuando se les manda, los cuidan y conservan con esmero. Además hay inspectores de acreditada actividad y vigilancia, con el cargo de recorrer los campos y examinar

(1) *Ibid.* c. 16.

si trabajan todos, si se siembra y se siega á tiempo, si se cuida el ganado, y si se toman providencias para que la actual cosecha dure hasta la siguiente.

A pesar de todas estas precauciones, suelen acabarse los víveres antes de concluirse el año, ya por haber estado enfermos, ya por haber sufrido alguna calamidad particular, ó mas bien por falta de economía y de prevision. Para evitar la mendicidad que de aquí podria originarse y que no se permite en las reducciones, y para no poner á los pobres en la necesidad de robar, están divididas de tal modo las tierras entre los particulares, que queda una parte considerable de ellas, la mejor y la mas fértil, la cual se cultiva en comun y se llama *Tupambaé*, que quiere decir posesion de Dios. Está encargada su direccion á unos indios inteligentes y muy fieles que cuidan de que la cultiven los mozos de la reduccion; y mientras trabajan en esto, se les mantiene á espensas del público.

25. Todo el grano, legumbres y frutos de todas clases que se recogen en el *Tupambaé*, y todo el algodón que producen las tierras de los particulares, se deposita en los almacenes públicos para distribuirlo despues á los enfermos, á los huérfanos y á los que, por desgracia ó por negligencia, se hallan sin provisiones antes de acabarse el año. Esta masa comun sirve tambien para alimentar á los artesanos, los cuales no perciben otro salario por su trabajo, y generalmente á todos los que están esentos de cultivar la tierra por razon de sus empleos, ocupaciones y viages

para el servicio público. De aquí sale tambien el tributo que la mayor parte de los particulares no pensarian en pagar, y los víveres para cinco ó seis mil soldados que van algunas veces á servir al Rey de España, al que no cuestan estas tropas ni un maravedí.

Fáciles son de conocer las ventajas inestimables que proporciona á los neófitos esta comunidad de bienes. Así conservan aquella igualdad perfecta que es el mas firme apoyo de la tranquilidad pública. Están desterrados todos los principios de discordia, porque no se conocen las diferencias de condicion, de fortuna y de privilegios odiosos que dividen á una misma nacion en dos partes contrarias, animadas siempre una contra otra, ya del desprecio ya de la envidia. Todos los cristianos del Paraguay son pobres, y á cada uno de ellos no le falta nada. No tienen oro ni plata, ni usan de moneda: sus campos felices no producen estos peligrosos metales; pero tienen en abundancia las cosas necesarias, útiles y aun cómodas, con respecto á su situacion. Las comodidades que no les proporcionan las producciones de su suelo, como los instrumentos de yerro ó de cobre, las adquieren por medio de un comercio análogo á sus costumbres y semejante al de los primeros pueblos que en este punto no conocian mas que el cambio. Son pocos, ó casi ninguno, los bienes propios que tienen, y en comun son tan opulentos que hacen actos de beneficencia muy superiores á las facultades, ó á lo menos á la generosidad de los estados mas florecientes. Si alguna de aquellas repúblicas pequeñas padece escasez,